200 AÑOS DE CANTE

SUROESTE 19-11-76

INCLUSO LAS TESIS ANDALUCISTAS NO PUEDEN IGNORAR LA IMPORTANCIA DEL GITANISMO EN EL ORIGEN DEL FLAMENCO

Pero yo me pregunto si era tan grave, aún para una raza perseguida, que trascendieron sus cantares como trascendían muchas otras de sus cosas. Yo no veo realmente qué riesgo podían tener en ello. Porque no debe perderse de vista que no se trataba de una persecución total e indiscriminada, sino que se trataba únicamente de tener controladas unas gentes que venían cometiendo tropelías y desafueros amparadas en su especial género de vida. Quienes de ellos se sometían a las disposiciones vigentes, nada o muy poco habían de temer. Molina y Mairena señalan que en Andalucía el medio nunca les fue adverso a los gitanos: «Eran protegidos por la nobleza. Los señores los apadrinaban y ellos al recibir el bautismo adoptaban el apellido de su protectores. De ahí que sean tan frecuentes los Vargas, Heredia, Reyes, Suárez, etc... Los escritores simpatizaban con su género de vida libre, trashumante y romántico. A mediados del siglo XVI estaban tan de moda que no faltaban leyes prohibiendo a los españoles que se vistan a la usanza gitana y que hagan vida en común con ellos... Durante la doble centuria áurea vivieron errantes por los campos, pero acampando en los alrededores de las ciudades, las cuales recorrían cantando y bailando...»

He aquí un dato que hemos de valorar debidamente. Los gitanos recorrían las ciudades cantando y bailando, públicamente, al parecer sin ningún temor a que ello les creara problemas, pues hicieron de ésto con frecuencia su medio de vida. Ya Cervantes en «La Gitanilla» nos contaba como «salió Preciosa rica de villancicos, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances que cantaba con especial donaire». Y las citas podrían multiplicarse. Las canciones y danzas que se mencionan son todavía aires populares españoles, asimilados por los gitanos de los tiempos por donde pasaban, y de ellas no saldría el flamenco; quiero señalar únicamente que, refiriéndose tales hechos a épocas en que la persecución de los gitanos era más enconada —«la Gitanilla», por ejemplo, se publica en Madrid en 1613, sólo tres años después del memorial de 1610 que provoca un recrudecimiento en las medidas restrictivas—, sus cantos y sus bailes no eran ningún misterio, sino costumbre pública que la gente aceptaba con la mayor naturalidad. En el mismo contexto cabe situar el hecho de que a lo largo del siglo XVII, en diversas ocasiones, los gitanos asentados en Granada participaron con sus danzas en las procesiones del Corpus Christi de dicha ciudad.

Si el flamenco se había producido ya entonces, ¿por qué había de recibir distinto trato? ¿En virtud de qué extraña discriminación los gitanos podían ejecutar públicamente canciones y bailes populares y en cambio habían de recluirse en cabildos clandestinos para cantar las primigenias tonás? Esta es la cuestión.

«El cante bueno, tal y como nos ha llegao, tiene un par de siglos, no más», declaraba Juan Talega en el diario «Sevilla» el 12 de diciembre de 1967, con esa lucidez que tienen algunos seres privilegiados que no han necesitado formación alguna para conocer muchas cosas verdaderas y profundas, cosas que quizás no se encuentran en los libros, pero que ellos saben a ciencia cierta. Juan, que había aprendido el cante de su padre y de su abuelo, podía casi remontarse con certeza a las raíces, a las primeras fuentes «Según mi padre —me dijo a mí el propio Talega poco antes de morir—, el abuelo de mi padre decía que cantaba su madre mejor que su padre, su abuelo, mejor que su abuela...»

4.—GITANISMO, SI..., PERO EN LA BAJA ANDALUCIA

Otro problema es el de la naturaleza del propio cante. ¿Es gitano? ¿Es andaluz? ¿Es judío, morisco, hindú, árabe, etc. etc....?

Manfredi, y con él otros muchos autores, se inclina decididamente por el andalucismo primario del cante: «Los gitanos aprendieron del cante jondo conviviendo con los andaluces, y luego lo lanzaron a los públicos como cosa propia. Si hubiera sido al contrario, es decir, que los gitanos hubiesen enseñado á cantar a los andaluces, también se cantaría jondo y flamenco en otras regiones españolas, cosa que no ocurre»

co. El propio Manfredi Cano admite: «Lo que sí digo y estoy diciendo es que el cante grande andaluz sufrió con la emancipación de los gitanos, y su consiguiente incorporación a la vida normal de Andalucía, una verdadera revolución, y que fue como resultado de esa revolución atormentadora cuando el cante empezó a interesar a la gente...» Lo que falta por demostrar es que «eso» anterior al cante gitano-andaluz fuera realmente flamenco. Machado y Alvarez creía, por el contrario, que el proceso había sido a la inversa, que el cante había sido primero gitano y después se había andaluzado o «agachonado», lo que tampoco puede demostrarse ni parece muy probable (7).

Una cosa es cierta, y que sepamos nadie la ha puesto en duda: el cante se produce en una zona muy concreta de la Baja Andalucía, entre Sevilla y Cádiz; Triana y Jerez, dos centros urbanos con prolíficas gitanerías, se disputan la cuna. ¿Crearon los gitanos aquí el cante? No se puede afirmar sin más, porque entonces nos saldría al paso con justicia el razonamiento de Manfredi: ¿por qué aquí y no en otro lugar cualquiera? ¿Lo crearon los andaluces? Tampoco parece admisible, puesto que si hubiera sido así nos habría llegado alguna noticia, alguna referencia, de esta etapa netamente andaluza, pre-gitana, del cante máximo cuando en este caso no habría ninguna suerte de obstáculo o tabú para que el cante se conociera, como se presupone a priori, pero que hasta que los gitanos no actuaron sobre ellas no eran flamenco (8). Y no hay que olvidar las influencias a que antes hemos aludido, la morisca, la judía, la árabe, la hindú y la pakistaní, y la litúrgica, y la americana de los indianos que regresaban del Nuevo Mundo; todas las influencias son admisibles y es lógico que hayan dejado su huella en el cante como la han dejado en tantas otras parcelas culturales de esa tierra, después de siglos de presencia. Por añadidura no hay que olvidar que en los tiempos en que los gitanos eran perseguidos también lo eran los judíos y los moriscos, y es seguro que todos ellos, junto con mendigos y delincuentes castellanos, formarían en convivencia una especie de submundo social cuyos distintos elementos se influirían mutuamente en gran medida. Quizás, quién sabe, el flamenco se produce precisamente en esa zona de nuestra Andalucía por haber sido una tan peculiar encrucijada de pueblos y razas, de culturas y tradiciones, de credos, de supersticiones, sobre todo lo cual el pueblo gitano allí radicado, gran receptor siempre de lo que halla a su paso, actuó de manera determinante. Y un día sin que sus propios contemporáneos se dieran cuenta muy bien, se hablaba ya de las tonás del Tío Luis el de la Juliana, que acaso no fuera el primer cantaor, pero que es seguro fue uno de los primeros.

sólo se agitana el acervo musica andaluz y su habla...sino que también se rastrean sus huellas y sus costumbres en el pueblo andaluz amasado ya con levadura africana hebrea e islámica y gitanos de remota cronología...Encontró el gitano viejas resonancias de costumbres atávicas y milenarias que se reincorporó, y, en cambio, él trajo otras que se generalizaron pronto en toda Andalucía. Por ejemplo: la práctica quiromática de la «buenaventura», muy generalizada entre los orientales y especialmente en Persia, se había perdido entre los árabes andaluces hasta reinstaurarla los gitanos. El temor a los ofidios probablemente de brumoso abolengo totémico en la India, de donde pasa transmutado al mito mosaico de la serpiente, se incorpora al sentimiento pánico y supersticioso del andaluz, en forma de temor a la «bicha» que le obliga a «tocar jierro», práctica supersticiosa hebrea para purificadores de ángeles malignos...Por otra parte, acaso de la ascendencia indofaraónica del gitano, le nace esa rara modalidad psíquica que podría expresarse así: su plebeyismo prócer, que es también, y a simple vista, un matiz típico del andaluz. Este rumia su sorda rebeldía como un paria, parece resignado con la pena de un hebreo y se conduce siempre, hasta cuando obedece, con la dignidad altiva de un sultán. El faraonismo gitano...es impronta claramente marcada en el andaluz. En cambio, la ingeniosidad ecléctica, el dicho intencionado y substancioso del gitano es de adquisición andaluza, como lo demuestra el que los gitanos de Bohemia, de Croacia y Rumanía carecen de esa característica».

Caballero Bonald también acepta esta realidad histórica, que hubo de ser fundamental en la gestación del cante. «Sabemos —escribe— por lo pronto, que los gitanos llegados a Andalucía a través de sus azarosos vagabundajes, encontraron allí, si no precisamente una tierra de promisión, al menos algún tranquilo re-

Antonio Mairena: «Los gitanos no trajeron el cante consigo porque en ese caso quedarían rastros itinerantes. Tampoco lo encontraron porque entonces quedarían reliquias» (Del libro «Mundo y formas del cante flamenco», en colaboración con Ricardo Molina).

TRIANA Y JEREZ SE DISPUTAN LA CUNA DEL CANTE

Este razonamiento se atiene, pienso yo, a una lógica excesivamente simplista: si el cante es gitano y los andaluces lo aprendieron de este pueblo, también lo habrían aprendido los pobladores de otras regiones, o incluso de otros países, allí por donde los gitanos pasaron; si no ha sido así, el cante es andaluz y en Andalucía lo aprendieron los gitanos. Pero ocurre que no siempre los hechos históricos se atienen a procesos tan sencillos, y desde luego si hay algo complejo es justamente la génesis del cante.

Incluso las tesis andalucistas no pueden ignorar la importancia del gitanismo en el origen del flamen-

que había con respecto a los gitanos.

Sólo queda una solución, ecléctica si se quiere, pero la única viable mientras no se descubra algún nuevo dato que pueda dar vuelta a la situación. El cante nace, se produce, se crea, justamente en esa franja de Andalucía, precisamente cuando los gitanos se han asentado en ella y comienzan a elaborar sus propios cantes, primero en sus círculos familiares desde luego, en sus fiestas privadas, para ir trascendiendo poco a poco al exterior. Por supuesto que tal elaboración la realizaron sobre las canciones y las danzas populares, andaluzas, existentes allí a

Se olvida con mucha frecuencia la evidente afinidad que en muchos aspectos hubo siempre entre gitanos y andaluces, que sin embargo algunos autores pusieron de relieve con fina perspicacia. Tal es el caso de Carlos y Pedro Caba cuando se referían a que «Una oscura simpatía atávica, efectivamente, debió hallar el pueblo gitano en el andaluz para incorporarse en urgente metabolismo a su espíritu, a pesar del odio que desde la pragmática citada ha venido informando los textos legales españoles...Y ese metabolismo gitano-andaluz (simbiosis si se quiere) es innegable. Porque no

fugio donde no fueron rechazados o menospreciados del todo. A la vez que ciertos aislados focos moriscos —recordemos esta coincidencia— no pocos grupos nómadas de gitanos decidieron acogerse a la grata hospitalidad de algunos rincones andaluces. Allí ensayaron sus primeras y míseras posibilidades de coexistencia y allí acabarían por adecuarse, con el correr de los años, al carácter del pueblo...»

En definitiva, pues, parece difícil entender el nacimiento del cante flamenco prescindiendo de lo gitano o prescindiendo de lo andaluz.

CANTE 2

priori, pero que hasta que los gitanos no actuaron sobre ellas no eran flamenco (8). Y no hay que olvidar las influencias a que antes hemos aludido, la morisca, la judía, la árabe, la hindú y la pakistaní, y la litúrgica, y la americana de los indianos que regresaban del Nuevo Mundo; todas las influencias son admisibles y es lógico que hayan dejado su huella en el cante como la han dejado en tantas otras parcelas culturales de esa tierra, después de siglos de presencia. Por añadidura no hay

LUCISTAS A IMPOR- N EL ORI- CO

que olvidar que en los tiempos en que los gitanos eran perseguidos también lo eran los judíos y los moriscos, y es seguro que todos ellos, junto con mendigos y delincuentes castellanos, formarían en convivencia una especie de submundo social cuyos distintos elementos se influirían mutuamente en gran medida. Quizás, quién sabe, el flamenco se produce precisamente en esa zona de nuestra Andalucía por haber sido una tan peculiar encrucijada de pueblos y razas, de culturas y tradiciones, de credos, de supersticiones, sobre todo lo cual el pueblo gitano allí radicado, gran receptor siempre de lo que halla a su paso, actuó de manera determinante. Y un día sin que sus propios contemporáneos se dieran cuenta muy bien, se hablaba ya de las tonás del Tío Luis el de la Juliana, que acaso no fuera el primer cantaor, pero que es seguro fue uno de los primeros.

sólo se agitana el acervo musical andaluz y su habla...sino que también se rastrean sus huellas y sus costumbres en el pueblo andaluz, amasado ya con levadura africana, hebrea e islámica y gitanos de remota cronología...Encontró el gitano viejas resonancias de costumbres atávicas y milenarias que se reincorporó, y, en cambio, él trajo otras que se generalizaron pronto en toda Andalucía. Por ejemplo: la práctica quiromática de la «buenaventura», muy generalizada entre los orientales y especialmente en Persia, se había perdido entre los árabes andaluces hasta reinstaurarla los gitanos. El temor a los ofidios probablemente de brumoso abolengo totémico en la India, de donde pasa transmutado al mito mosaico de la serpiente, se incorpora al sentimiento pánico y supersticioso del andaluz, en forma de temor a la «bicha» que le obliga a «tocar jierro», práctica supersticiosa hebrea para purificadores de ángeles malignos...Por otra parte, acaso de la ascendencia indofaraónica del gitano, le nace esa rara modalidad psíquica que podría expresarse así: su plebeyismo prócer, que es también, y a simple vista, un matiz típico del andaluz. Este rumia su sorda rebeldía como un paria, parece resignado con la pena de un hebreo y se conduce siempre, hasta cuando obedece, con la dignidad altiva de un sultán. El faraonismo gitano...es impronta claramente marcada en el andaluz. En cambio, la ingeniosidad ecléctica, el dicho intencionado y substancioso del gitano es de adquisición andaluza, como lo demuestra el que los gitanos de Bohemia, de Croacia y Rumanía carecen de esa característica».

Caballero Bonald también acepta esta realidad histórica, que hubo de ser fundamental en la gestación del cante. «Sabemos —escribe— por lo pronto, que los gitanos llegados a Andalucía a través de sus azarosos vagabundajes, encontraron allí, si no precisamente una tierra de promisión, al menos algún tranquilo re-

Z SE DISPUTAN LA DEL CANTE

Se olvida con mucha frecuencia la evidente afinidad que en muchos aspectos hubo siempre entre gitanos y andaluces, que sin embargo algunos autores pusieron de relieve con fina perspicacia. Tal es el caso de Carlos y Pedro Caba cuando se referían a que «Una oscura simpatía atávica, efectivamente, debió hallar el pueblo gitano en el andaluz para incorporarse en urgente metabolismo a su espíritu, a pesar del odio que desde la pragmática citada ha venido informando los textos legales españoles...Y ese metabolismo gitano-andaluz (simbiosis si se quiere) es innegable. Porque no

fugio donde no fueron rechazados o menospreciados del todo. A la vez que ciertos aislados focos moriscos —recordemos esta coincidencia— no pocos grupos nómadas de gitanos decidieron acogerse a la grata hospitalidad de algunos rincones andaluces. Allí ensayaron sus primeras y míseras posibilidades de coexistencia y allí acabarían por adecuarse, con el correr de los años, al carácter del pueblo...»

En definitiva, pues, parece difícil entender el nacimiento del cante flamenco prescindiendo de lo gitano o prescindiendo de lo andaluz.

Temo que esta hipótesis no convenza a todo el mundo, pero a la luz de los datos que conozco es la única que puedo defender. El mismo veterano cantaor no gitano Pepe el de la Matrona, cuando niega la paternidad del cante a los calés, se contradice seguidamente afirmando que «hasta 1850 ni en la misma Andalucía se permitía a un payo que fuera artista flamenco por el desprestigio que tenían los gitanos, pues lo único que hacían eran armar escándalo y pedir limosna», lo que evidentemente equivale a hacer de todo artista flamenco un gitano con anterioridad a aquella fecha. «Lo mismo me da a mí que cante un gitano, que un negro, que un amarillo», me dijo en una ocasión este mismo cantaor, pretendiendo desvincular al cante de toda motivación racial. Y en esto sí que nadie puede estar de acuerdo, incluso quienes defienden a ultranza el andalucismo flamenco, pues ciertamente el día en que un negro o un amarillo canten por seguiriyas, el flamenco habrá dejado de ser flamenco. Prueba de ello es que algún caso dado de cantaores extranjeros, todo lo meritorios que se quiera, no pasaban de ser versiones puramente miméticas aprendidas de grabaciones discográficas.

José Menese en cambio —y cito con intención otro cantaor payo— declara siempre que tiene ocasión su convencimiento de que el flamenco sin lo gitano «no vale ná...- Los gitanos son los que le han inyectado a este arte o a lo que se llame esto, esa fuerza, esa llama...»(9)

5.—CORRIDO, CORRIDA O ROMANCE

Y antes de las tonás, ¿qué? Pues ya lo he dicho: danzas, aires, canciones populares. Y romances. Desde el siglo XV, cuando los gitanos llegan a España, la popularidad del romancero en el país es enorme.

Naturalmente que los gitanos incorporaron inmediatamente los romances, de resonancias tan castellanas, tan españolas —Gerineldo, Conde Olinos, Bernardo del Carpio, Durandarte, Conde Sol...— a sus repertorios, Ya Cervantes decía de «Preciosa» que cantaba romances «con especial donaire» y al estilo correntío, y Lope de Vega alude igualmente, y en más de una ocasión, a la costumbre gitana de convertir la poesía romancesca española en «corridos», precisamente porque se cantaba en forma corrida y ligada, siendo su èxtensión considerable.

De estos romances salió un estilo flamenco muy peculiar: el corrido, corrida o romance gitano, que de todas estas maneras se llama. La tradición es perfecta, y aún en el actual cante flamenco —con interpolaciones de bulto, a veces incomprensibles, y alteraciones debidas a la transmisión oral— las resonancias del romancero son perfectamente claras y de efecto encantador. Es el único estilo flamenco que no utiliza coplas sueltas, sino una larga tirada de ella.

Considero que el romance, ya aflamencado, ya «gitano», puede ser anterior a la toná. Seguramente se cantaba al principio también sin acompañamiento musical y Caballero Bonald, no vacila en incluirlo en el grupo de las tonás madres. Creo que el agitanamiento del romance castellano pudo ser el eslabón-puente entre la música popular y el cante flamenco, marcando una transición mucho más lógica y explicable que la ruptura total que supondría pasar del folklore regional andaluz a las tremendas y terriblemente jondas tonás.

A mediados del siglo XIX Estebánez Calderón oyó cantar al Planeta

José Menese: «Los gitanos son los que le han inyectado a este arte o a lo que se llame esto, esa fuerza, esa llama...»

en una fiesta de Triana el romance del Conde Sol, ya acompañado por instrumentos musicales —«la vihuela y dos bandolines»— y en trance de desaparición, según su apreciación personal: «La música con que se cantan estos romances es un recuerdo morisco todavía. Sólo en muy pocos pueblos de la serranía de Ronda o de tierra de Medina y Jerez es donde se conserva esta tradición árabe, que se va extinguiendo poco a poco, y desaparecerá para siempre».

Efectivamente, las menciones del romance gitano son muy esporádicas en la historia del cante flamenco. En la primera mitad del siglo XIX se cita como intérpretes habituales, además del Planeta, al Ciego de la Peña y al Tio Rivas. Después hay una larguísima etapa de silencio, y ya en nuestro siglo aparece cantándolos el gaditano José Chiclanita. Ultimamente han sido reelaborados por Antonio Mairena, único maestro actual que los canta, que sepamos, excepto una versión grabada por José Reyes en el «Archivo del Cante Flamenco». Musicalmente, después de la primitiva etapa en que es lícito integrarlo en el grupo de las tonás, son apreciables contactos con la alboreá y la soleá. Caballero Bonald cree también que la giliana y la nana moruna, hoy desaparecidas, eran formas tributarias de los romances, y éstos, a su vez, de las tonás, aunque probablemente las precedieron en el tiempo, como anunciándolas.

NOTAS

(7) El texto de Machado dice: «Estos cantes, tabernarios en su origen y cuando, a nuestro juicio, estaban en su auge y apojeo (sic), se han convertido hoy en motivo de espectáculos públicos. Los cafés, últimos baluartes de esta afición, hoy, a nuestro juicio, contra lo que se cree, en decadencia, acabarán por completo con los cantes jitanos (sic), los que andaluzándose, si cabe esta palabra, o haciéndose «gachonales» como dicen los cantadores de profesión, irán perdiendo poco a poco su primitivo carácter y originalidad y se convertirán en un género mixto, a que se seguirá dando el nombre de flamenco, como sinónimo de jitano (sic), pero que será en el fondo una mezcla confusa de elementos muy heterogéneos...»(gachonal=no gitano)

(8) Ya Molina y Mairena enunciaron este maridaje de andalucismo y gitanismo cuando escribieron: «Los gitanos no trajeron el cante consigo porque en ese caso quedarían rastros itinerantes. Tampoco lo encontraron porque entonces quedarían reliquias. Ni creemos surgieran casualmente, porque, aunque no rechazamos la posibilidad de un relativo azar, los hechos de la cultura, incluso en casos tan excelsos como el del pensamiento griego, se traducen siempre por integración, al menos en su base. El cante, ya lo hemos dicho al principio, es fruto de la integración de varios elementos. Pues bien, el medio en el que tal integración se consumó fueron los gitanos bajo-andaluces. Así el término «crear» no debe asustar a nadie, ni alarmar el acendrado patriotismo andaluz, porque no excluye, ni mucho menos, la participación indígena de Andalucía. Los gitanos crean o forjan el cante primitivo; son los agentes creadores. Pero lo forjan con metales en su mayoría andaluces. Eso explica el fenómeno de que sólo los bajo-andaluces, y no los gitanos de otras regiones españolas o del mundo, sean sus cultivadores y depositarios fieles». Véase el cuidado que los autores ponen en dejar a salvo la participación indígena de Andalucía, siendo ellos andaluces los dos, si bien Mairena sea también gitano. Y es que este tema de la oposición andalucismo-gitanismo en el cante es uno de los más vidriosos que en el flamenco se presentan, y que suscita siempre enorme suspicacia.

(9) Son muchos los especialistas que ponen de relieve la importancia del factor gitano en el cante: «La pureza del arte flamenco estuvo siempre en función de la pureza racial gitana. Los cantes flamencos puros (seguiriyas, tonás, bulerías, tangos, soleares) son gitanos de origen, o más correctamente gitano-andaluces, pues son patrimonio de la comunidad calé dispersa y ellos los oficiaron...El cante en sus manifestaciones más primitivas y típicas es un arte extraordinariamente sensible al sentimiento racial...» (Ricardo Molina).—«El gitano andaluz, su peculiar y agitanado mundo, constituyen la médula del flamenco serio y ya pueden obstinarse en demostrar otra cosa los artistas payos que, empeñados por conveniencia en que no es así, tratan de sustituir con gesticulaciones, minucias y acaloramientos su falta de argumentos fehacientes...Discutir la preeminencia del gitanismo en el flamenco y en su desarrollo, sería como discutir la existencia del flamenco mismo» (Fernando Quiñones)

(10) Molina y Mairena: «En su propio ambiente, el romance gitano nunca llevó acompañamiento. Cantóse (y aún pervive la costumbre) en las bodas calés en las que hasta hace muy poco no entraron las guitarras. Fue el romance gitano un cante hogareño rara vez exhibido en fiestas y cafés...»